



INSTRUCCIONES PARA UN COLECCIONISTA DE MARIPOSAS

de Mariana Eva Perez

(Una mesa, escritorio o artefacto donde la MUCHACHA trabaja. Pinzas entomológicas, etiquetas, pequeños frascos con goteros, guantes. Una caja entomológica de madera, con tapa de cristal, a la espera de una mariposa.)

MUCHACHA *(De unos veinticinco años. Tiene una mariposa azul entre sus dedos. Su rostro y su voz denuncian que está agitada, pero sus movimientos se acomodan a la delicadeza de la tarea que tiene entre manos.)*: En ninguna parte del manual lo dice pero no creo que se deba tomar la mariposa sin la pinza entomológica. Me gusta tenerla así, en la mano, y llamarla mariposa y no lepidóptero y sentir el placer de este pequeño sacrilegio de tocar algo tan frágil, tan tenue. No es que no me dé miedo, pero es mi primera mariposa y quería comprobar con los dedos que es real. Soy nueva en esto de coleccionar mariposas y todo lo nuevo presenta un cierto grado de dificultad.

(Comienza a jugar con la mariposa, haciéndola volar. Sonríe nerviosa. Su atención está concentrada en la mariposa, no en las palabras que pronuncia sin dramatismo.) Antes era fácil. Era así: un nudo tensándose en el pecho, palpitante, contra el esternón, acá, un nudo que subía, corría entonces a la computadora, si estaba en casa, o buscaba una birome y un papel cualquiera, en un café o en la oficina... y te escribía... *(A pesar de la segunda persona que emplea, habla para sí.)*. El nudo se aflojaba, soltaba las lágrimas y me quedaba quieta releendo mala poesía por un rato, compadeciéndome de mí, de vos, de los viejos, pero muy especialmente de mí, hasta que bueno, a otra cosa mariposa. Era fácil. Bastaba imaginarte en brazos de mamá en la ESMA –yo en esa época no decía “mamá”, decía “mi vieja”; nunca había llegado a decirle “mamá” y no podía evitar el posesivo–, bastaba imaginarte tan chiquitito, tres kilitos y pico de indefensión, tomando la teta y luego, de pronto, en brazos de otra, de otros, esa otra hablándote de sí misma como “mamá”... y el llanto era automático. *(Detiene el juego. Duda.)* Dicen que a esa edad los

bebés no saben dónde termina su cuerpo y empieza el de la mamá, no saben que no son uno solo. No sé.

(Retoma el juego.)

Era fácil también porque tenía tu nombre, para llamarte a cualquier hora, para encontrarte siempre. Tu nombre que iba a ser mi nombre, porque esperaban un varón. Tu nombre y cómo íbamos a decirte, los tres: Rodolfito. No Rodolfo, Rodolfo era el amigo de papá que mataron a los veinte años. Vos eras Rodolfito. Y a joderse. *(En tono burlón.)* Yo tuve la suerte de nacer chancleta, zafar de ese nombre de viejo verde y ser multiorgásmica como mamá.

(Se sienta. Extiende ante sí, en la mesa, sus implementos de entomóloga aficionada. Se calza los guantes y comienza a manipular la mariposa con las pinzas.) Querido Rodolfito, dos puntos. *(Piensa, como si recién se le ocurriera.)* Tu ausencia es lo único sobre lo que sé escribir. Escribo sobre mí, sobre mi infancia huérfana de la tuya. Te cuento sobre mi barrio de entonces, Belgrano, como si no lo hubieras visto nunca, aunque tal vez vivas por ahí, tal vez cruces esa plaza todos los días o la mires desde la ventanilla del 60. Te hablo de nuestra escuela, de tu mano chiquita en la mía cruzando la calle, de mis guardapolvos que pasarán a ser tuyos porque, ¿sabés?, nunca, ni en el jardín ni en la primaria, me compraron guardapolvos de nena. Te hablo del paisaje de Belgrano que es el mío: la plaza grande y la de los juegos, el aliento frío de la iglesia y la recova, el dormitorio de Sarmiento en el museo. El mismo paisaje de noche, las luces de la plaza grande, el calor, los mosquitos. El mismo paisaje después de la lluvia, y vos y yo saltando charcos para poder trepar a las hamacas. Hay sabores que me hablan de tu ausencia: el chocolate con almendras que prefería la Baba en la heladería de la vuelta –Baba es abuela, como Bobe, en idisch, porque somos judíos, pese a estas cejas de Manolito y a nuestro apellido tan popular en la guía, somos judíos porque mamá lo era, aunque papá fuera goy y yo me haya empeinado en lucir el vestido de comunión en la iglesia redonda–; el submarino con vainillas o bay-biscuit que me convidaba el abuelo en el café de la cuadra donde él vendía tarjetas de estacionamiento. Hay olores: el de la zapatería que también era kiosco y que dejó mezclados para siempre en mi memoria los olores del cuero y del pegamento y el gusto de los chocolatines Suchard. Trato de recordar todo y de atrapar todos los colores intensos de mi vida *(dirige a la mariposa una mirada cargada de complicidad)* para poder

contarte mañana mi historia con lujo de detalles. Tengo que recordar todo, recordar cómo te esperaba *feliz* cuando era chica, con la ilusión intacta.

(Se queda absorta contemplando la mariposa. Habla ahora lentamente, en un tono excesivamente dramático.) Las mariposas tienen cuatro alas recubiertas de escamas microscópicas, eso lo dice cualquier libro. De lo que no hablan los libros es del temor angustiante del entomólogo o del aficionado a que esas cuatro alas se deshagan, como polvo, al más leve contacto con el aire.

(Pausa. Recita de memoria, con formalidad infantil de acto escolar.) “Querido Rodolfito, dos puntos. Cuando supe de tu existencia me invadió una profunda alegría, pero también me sentí triste por no tenerte a mi lado. Te cuento que yo soy María, tu hermana”. Tenía nueve años y ya empezaba a ser “María, tu hermana”. Eran los '80 y las Abuelas encontraban un chico atrás del otro y vos siempre eras el próximo.

Tengo que recordar todo. Las lágrimas de bronca absoluta, de impotencia, de lástima, que pude empezar a llorar después de la muerte del abuelo. Lágrimas que tragaba en silencio, porque la abuela dormía en la cama de al lado. Durante esos años no pude escribirte. Eras ese llanto para adentro y ese odio que se renovaba en el día de tu cumpleaños, en el día del padre, en el día de la madre, en Navidad, en Año Nuevo, cuando te imaginaba festejando con otros que te estaban mintiendo.

Siempre te busqué en las caras de todos los chicos que veía. Un día, comprendí que miraba chicos que ya se afeitaban y que nunca iba a llevarte de la mano a ningún lado, que mis guardapolvos ya te quedaban chicos, que tenías granos y te hacías la paja. Y que todo lo anterior se había muerto sin haber existido nunca.

(Dejando sus elementos de trabajo, comienza a hablar para un hermano que ya es un otro, para un cuerpo que ya no es el propio.)

Tal vez fue entonces cuando volví a escribirte, no para contarte que soy María, tu hermana y que “en casa todos están bien y te esperan ansiosos”, sino para contarte quién deberías haber sido vos. Te envió las últimas postales desde la tierra imposible de nuestra infancia común. El muñeco de Pinocho, que se perdió en la mudanza y que no vas a extrañar. El abuelo, que nunca va a comprarte revistas ni cañoncitos con dulce de leche, ni a gritarte que te laves las manos, ni a llorar porque te hizo llorar. *(Se entrega aún una vez más al recuerdo inexistente.)* La abuela en la plaza saltando la sogá que vos y yo hacemos girar cada vez más rápido. La Baba haciéndote saltar las olas en Miramar, ese verano que

conocimos el mar, (*se detiene, vencida*) que no conocimos el mar (*deja la mariposa distraídamente*), que yo sola conocí el mar. (*Pausa.*)

Tengo que recordar todo. Quiero saber todo de los viejos, todo, todo, todo, y cuando me cuesta me obligo porque no es sólo para mí, es para vos, para vos que hoy no podés, pero que mañana vas a querer saber, como yo, quién era realmente (*irónica*) esa hija perfecta de la que habla la Baba, y que no puede haber sido tan linda y tan inteligente y tan buena dibujante y deportista, con el único defecto de ser un poquito montonera. Vas a querer saber quién era realmente ese hijo perfecto del que habla la abuela, que no puede haber sido tan churro, tan inteligente, tan buen músico, tan querido por todo el mundo, con la única manía inquietante de dormir con un arsenal bajo la cama. Vas a querer saber, y yo también quiero saber, qué mierda era ese “fervor montonero” del que hablaba el viejo en una carta de 1977, (*con incredulidad y bronca*) ¡1977!, del 28 de julio del '77, cuando yo tenía un mes de vida y la dictadura más de un año y su amigo Rodolfo había caído hacía ya tanto tiempo.

(*Pausa. Con violencia contenida, fría.*). Pero no. Ahora no. De pronto no. Cuando nos vemos, y nos desconfiamos de cada palabra, porque no nos conocemos y nos creemos muy distintos, cuando defendés a los que te robaron y nos cagaron la vida, no tengo ganas de contarte nada. Tengo miedo, no sé, de que se manchen los viejos, como fotos antiguas... (*Dice estas últimas palabras con una ternura exquisita.*) ...si tan sólo los mirás torcido. No quiero volver a defenderlos de vos, a explicarte que no te abandonaron para irse a hacer la revolución, que está bien que no hayan vivido para vos, que es un horror que tu apropiadora haya vivido para vos, que ser madre es otra cosa. No quiero defenderlos de vos porque no lo necesitan, no para mí, (*con orgullo*) y hoy siento que conmigo basta. Yo los abrigo del frío de sus huesos insepultos, los abrigo en estos huesos míos que encierran el secreto de su paso por esto que los biólogos llaman la vida. Yo soy la que aprendió a encontrar a mamá en la intensidad del sol sobre la piel, en el aburrimiento de las librerías de Corrientes, en los espejos del café La Giralda que ya no reflejarán nunca más su sonrisa sabedora de su propia belleza. Yo soy la que festeja el campeonato de Racing y llora, con lágrimas, la muerte de George Harrison porque papá no puede hacerlo. (*Con bronca.*) Vos decís que si pudieras elegir, vivirías la misma vida con tus apropiadores. Yo reclamo para mí esta herencia hecha de contradicciones. Reclamo a papá intentando reengancharse con los compañeros en el '78 y a mamá

intentando una vida más tranquila, en familia. Reclamo para mí, ya que a vos no te interesa, a la familia que fuimos, lo que de esta familia me contaron, lo que intuyo, ¡lo que invento!, lo que sé que conozco porque duele en el centro de los huesos... (*Hasta aquí va creciendo en intensidad, ahora de pronto se abandona a un tono más suave.*) ...la ternura que sé que conozco, la seguridad que me daba la presencia de papá que recordé cuando te vi en Abuelas, cuando viniste para hacerte el análisis genético y yo te miraba y de pronto me inundó una paz profunda y *supe* que te parecías a papá y que papá me hacía sentir eso.

(*Orgullosa, desafiante, pero no sin dulzura.*) Eran mis padres, “mamí” y “papí”, y yo fui su nena, aunque no lo recuerde. (*Pausa.*) Y a ustedes se los llevaron y yo quedé de este lado, del lado de la luz. Sola. Escuchando las voces de la sangre, los caballos desbocados que siento latir por mis venas. Piden, exigen, que te busque, que te encuentre, que te crea, que te deje entrar en mi vida con una confianza tácita de hermanos. Mamá te llama en mis sueños, le grita a un milico vestido de fajina que vos te llamás Rodolfo y no cualquier otro nombre, (*llamándolo en un grito de pesadilla*) ¡Rodolfo!, como el compañero que mataron. Mamá te llama en mis sueños y yo soy la única que escucha. (*Pausa.*) Yo, la de la historia gris, la que quedó de este lado, del lado de la luz, yendo a estrellarme a la luz despiadada de estas verdades como las polillas... (*redescubre la mariposa, le sonrío*) ...las polillas, que también son lepidópteros, de alas cenicientas o parduscas. (*Pausa.*)

Nunca me sentí con derecho a quejarme demasiado. Cuando los antropólogos o los periodistas o los simples curiosos posan su lupa sobre mí y me preguntan cuándo me restituyeron, murmuro como una disculpa que no, que a mí nunca me llevaron, que no conozco los sótanos del miedo, que a mí me dejaron con mis abuelos y mis abuelos, los tres, siempre me contaron la verdad.

Nunca me sentí con derecho a quejarme demasiado. Menos aún cuando tuve que transitar el territorio desconocido de la esperanza. Yo me paseaba como por mi casa por aquella tristeza de nuestra historia perdida y sabía andar sin brújula aquella esperanza meramente metodológica. Ellos, los periodistas, los curiosos, preguntaban: (*burlona*) “¿tenés esperanzas de encontrarlo?”, y yo, aburrída, tenía que responder que sí, porque es lo que se dice, porque si no, ¿qué hacía yo, allí, en Abuelas, a la edad en la que las púberes tienen otras preocupaciones, más banales y más dulces que las mías?

(Pausa. Repentinamente angustiada, observando la mariposa.) Es imposible precisar qué colores componen este calidoscopio. Me parecía que podía decirse de esta mariposa que era azul, con manchas de otros colores, pero azul. De pronto, la luz le da de lleno y me parece que es negra. No sé qué hacer con vos, mariposa. ¿Qué voy a escribir ahora en la etiqueta? *(Pausa.)*

Hoy es 2 de junio del año 2000 y termina otra semana más sin que sepamos los resultados de un análisis genético que puede cambiarlo todo, y cuando digo todo, digo *todo*. Te escribo, como siempre, pero ya no sé a quién le escribo. Venía escribiéndole a Rodolfo, no ya a Rodolfito, porque intento que tu infancia y tu adolescencia se vayan de mí como mariposas que no quiero atrapar. Pero ahora hay alguien que se cuelga en este diálogo en silencio al que no faltás nunca. Hay un chico altísimo, que vende panchos y hamburguesas en un cierto lugar del conurbano, que se ríe con una sonrisa que me conmueve inexplicablemente, torpe, como yo, de pies planos, como yo, que quiebra los hombros al sentarse igual que yo, que nació días después que vos, Rodolfo mío, *(buscándolo en algún rincón del diálogo, llamándolo)* hermanito mío, *(en tono de denuncia o testimonio)* que es hijo de un milico de la misma fuerza que nos quitó a los viejos, *(nuevamente conmovida)* que hace más de un mes me pregunto si es mi hermano, si sos vos. Me despierto: *(esperanzada)* “¿sos?”, *(temerosa, pesimista)* “no sos”, me atraganto el desayuno con la misma pregunta, desoigo la clase de Filosofía con la misma pregunta, veo oscurecer el cielo blanco de otro día de lluvia y es un día menos hasta que la pregunta, puntual como un reloj, me despierta a la mañana. Te escribo, escribo que estaba cómoda como el fakir sobre su cama de clavos, y que le temo a esta esperanza, que es más tenaz aun de lo que fui yo buscándote, que no se queda a una prudente distancia mientras esperamos, el chico alto de las hamburguesas y yo, que la sangre diga lo que tiene para decir. Me digo, o me dice esta esperanza terca que me acosa, que la sangre ya dijo. Dijo la imprudencia de ir a hablarle al chico alto que no encontré parecido a nadie con su estúpida gorrita de pancho puesta, dijo tu respuesta inmediata de venir a buscarme y hacerte el análisis, dijo cuanta promesa errada te hice esa tarde cuando ya veía mis gestos en los tuyos y quería que fueras mi hermano pero no quería creer que fuera la historia de mi hermanito esa que contaban las denuncias. No pensé, apreté los ojos y el cuerpo se me fue solo hacia el tuyo y me equivoqué todo lo que hizo falta, y vos también. Y lloré por cada cicatriz que el chico alto se había hecho sin mí, porque lo

mandaron a comprar coca-cola y se cayó y con los vidrios de la botella se lastimó muchísimo, y no se habría caído de haber ido conmigo, porque yo era grande y habría llevado yo todas las botellas. Y lloré por mis viejos, porque su hijito había quedado solo en medio de personas que no lo habían cuidado de las botellas de coca-cola que son peligrosísimas, ni de las medianeras, ni de las herramientas que hay en los talleres del colegio industrial de la Aeronáutica. Pero hace ya tantos días de esas lágrimas imprudentes, ahora ya no me sale ninguna, no me sale ningún pensamiento que no sea “¿Sos?, no sos”, no me sale otra cosa más que tejer, como en una mala alegoría de una mala película, tejo bufandas al crochet porque, digo, medio en serio medio en broma, que no puedo tejer esarpines número 45 y medio mientras espero a mi hermano. *(Pausa.)* Te escribo y no sé a quién le escribo. Algo irrumpió en mi vida y no tengo derecho a quejarme, porque encontré a mi hermano al que tanto buscaba. Algo irrumpió en mi vida como un elefante en un bazar, como bien decís vos. Te escribo, pero no sos Rodolfito, mi hermanito al que no pude proteger ni abrigar, ese bebé del que sé todo lo que se puede saber, tu nombre, tu peso, tu pelito rubio, tu ombliguito que había cicatrizado antes de que los devolvieran con mamá al Pozo de la Aeronáutica en el que tal vez esperaba papá, en el que tal vez ya habían matado a papá. Te escribo pero tampoco sos el Rodolfo que temía, el único que había llegado a imaginarme, un chico con jeans Levi's *(lo pronuncia en inglés)* tomando tequila cuando estaba de moda tomar tequila, acodado en la barra de Coyote, orgulloso de su estirpe militar, que va a mirarme por encima del hombro porque soy una grasa de mierda que escucha a los Redondos y baila cumbia, una zurda de mierda que estudia Ciencia Política en la UBA. *(Cómplice.)* Sos el chico alto de la gorrita estúpida y sin gorrita se nota que tu pelo es igual al mío, un poco más oscuro, como el de mamá. Sos el chico de la sonrisa completa con la que yo sonrío en las fotos ahora que me saqué la ortodoncia. *(Enojándose.)* Sos el cabezadura que no quiere entender que no puedo, ni nuestras abuelas pueden, parar a la Justicia que siempre nos va a la zaga, que no supo encontrarte, pero que ahora metió en cana a los hijos de puta que me robaron tu vida. Sos el necio que no quiere entender que aunque pudiera, y no puedo, tampoco querría que no paguen sus culpas, por más que los ames como a nada en el mundo, sobre todo a ella, a ella, que se robó tus primeras palabras que debieron ser mías, tus dientes de leche, tus mechones de pelo rubio, tus guardapolvos, tus lágrimas en el entierro del abuelo, tus primeras sábanas sucias, la sombra de tu bigote, el vals de mi fiesta de

quince, mi diploma de perito mercantil, una pelea cualquiera un día cualquiera, una confesión al oído, una carcajada en la noche.

(Pausa. Recuerda. Sonríe maliciosa.) Tus carcajadas son sonoras y un poco guarangas. No sabés estarte callado ni quieto en el cine. Temo que rompas las sillas con sólo mirarlas, como rompiste la mecedora. No, no sos mi hermanito, sos un tipo que mide un metro ochenta y seis y calza 45 y medio, y son mis manos las pequeñitas al lado de las tuyas.

Hace muchos meses que no nos vemos porque vos no querés verme, empecinado en demandas sin sentido, y yo tampoco quiero verte, aunque no sabría rechazarte, porque me harté de que me culpes de que porque te busqué y te encontré, ahora resulta que te cagué la vida. Me harté de oírte llamar “mamá” a esa mujer que para mí es una extraña. De oírte hablar mal de la Baba porque es eso que yo más admiro, una Abuela de Plaza de Mayo, desde la época en que ser eso era jugarse el pellejo. Me harté de sentirme obligada a poner la otra mejilla para que me sigas pegando. *(Pausa.)* En estos meses engordaste mucho y algo más cambió, parece, pero no me animo a creerlo, a extenderte otro cheque en blanco nada más que porque la ciencia dice que somos hermanos.

Las voces de mamá y papá (ahora los llamó así, empezamos a llamarlos así juntos en el 2000, ¿te acordás?, yo decía “mi vieja” y vos me corregías, “nuestra vieja”, y eso sonaba raro, y decíamos “mamá” y eso sonaba mejor), las voces de mamá y papá, que no recuerdo, te decía, están calladas. Pero si antes sus voces, urgentes, me acompañaban, y esas urgencias *eran* mi madre y mi padre, ahora no me siento sola en el silencio. Es un silencio como de domingo a la mañana. De mí no van a desaparecerlos nunca, de vos tampoco, pero, es curioso, en este momento no me importa demasiado lo que hagas, no me parece que eso cambie nada. Eso digo ahora, en diez minutos puedo decirte otra cosa, y eso tampoco me molesta. Puedo decirte que ahora que sabés no tenés excusa, que estás eligiendo otro nombre que no es Rodolfo, y otra familia y otra vida, y hacete cargo de eso. Puedo decirte que no te tengo lástima, que por tu bien no tengo que tenerte lástima, ni dejarte pasarte todo porque *(irónica)* “pobrecito, lo que estarás sufriendo”. Yo no voy a ayudarte a que te acomodes en el lugar de víctima.

Cuando mentís o sos cruel, te odio, pero con un odio que pasa a través tuyo como si no existieras, odio lo que tus apropiadores hicieron de vos. Odio ver a mis abuelas sufrir por tu culpa y odio tus putos tiempos que no corren a la misma velocidad que el tiempo de

ellas. Te odio porque me resultás extraño y tan diferente de mí que no soporto la idea de que seas lo que más se me parece en la vida.

Hoy te estás acercando y decís que querés darle otra oportunidad a lo nuestro, pero insistís en que sos el mismo que cuando no sabías y en que estás arrepentido de haberte hecho el análisis de sangre. *(Mira a la mariposa, consternada, pero le habla aún al hermano.)* No sé qué hacer con vos.

(Pausa.) Te parecerá gracioso, o tonto, pero no sé para qué la gente colecciona mariposas. Esta mariposa, bella y todo, está muerta y no es ni la parodia de una mariposa viva. No tiene nada que ver con el vuelo ni con las flores.

(Hace una pausa. Comienza la lenta acción de dejar la mariposa en la caja entomológica, que concluirá al mismo tiempo que su monólogo.)

Tus manos contundentes que saben limpiar mesas hoy limpiaron mi mesa después del almuerzo. Tu cuerpo me parece inmenso en mi cocina, en mis sillas flojas. Me parece que no entrás bajo mi techo. No sé qué hacer con vos, que te movés como un elefante en un bazar entre las cosas más preciadas de mi vida.

No sos Rodolfito, simplemente porque Rodolfito no es nadie más que yo, yo cuando solamente sabía ser tu hermana. No es fácil, pero tengo que dejar que Rodolfito se aleje y le haga lugar al chico alto de las mil cicatrices de un pasado sin mí. Te dije una vez que eras mi vida. A Rodolfito, mi hermanito, el hijo robado de mamá y papá que era mi vida cuando mi vida era tu ausencia, puedo dejarlo clavado acá, con un alfiler, como una mariposa. Y que se quedé acá, al amparo del cristal, en silencio.

APAGÓN